



Índice

¿Por qué tocar madera trae buena suerte?.....	1
Refranes :.....	1
Humor - Chistes españoles.....	2
"Historia de un Caracol que descubrió la importancia de la lentitud"	2

¿Por qué tocar madera trae buena suerte?

La superstición de tocar un objeto de madera para que se cumpla un deseo o un objetivo se remonta a la Edad Media. Para atraer a los fieles, muchas iglesias medievales aseguraban poseer una reliquia de la cruz en la que fue crucificado Jesucristo. En fechas determinadas, el trozo de madera sagrada era exhibido para que los creyentes lo tocaran y formularan sus peticiones al Señor. Sin embargo, hay historiadores que afirman que esta tradición es muchísimo más antigua. Hace entre 2.000 y 3.000 años, se creía que los árboles -y en especial los robles- eran la morada de dioses bondadosos. De este modo, cuando alguien necesitaba protección o se hallaba en peligro, tocaba, generalmente con la mano derecha, la madera del árbol para alertar a la divinidad de su situación.



Refranes :

- 1. A rienda suelta (Soltar/aflojar las riendas)** Las riendas son las cuerdas de cuero que sirven para sujetar y dirigir a los caballos. Si al caballo se le sueltan las riendas, se pierde el control. Hacer algo a rienda suelta es precisamente eso: hacerlo sin control, de manera espontánea y sin atenerse a reglas o normas de comportamiento.
Dar rienda suelta: Perder las riendas.
- 2. A robar a Sierra Morena** Dice esta frase quien se está dando cuenta de que alguien intenta timarlo o cobrarle más de lo que considera justo.
Estas montañas de Andalucía fueron durante los siglos XVII y XVIII refugio de bandoleros que robaban a quienes atravesaban aquellos caminos.
¡Seiscientos euros dice que vale ese reloj! Anda, dile que a robar a Sierra Morena.
- 3. Así se dan los guantes al rey:** Decimos esto, de forma irónica, cuando alguien nos entrega algo de mala manera, con modales poco adecuados o de mala gana. Sin duda se trata de una frase histórica, y aunque

se nos escapa quién y en qué momento la pronunció seguramente se refería a la necesidad, dictada por los buenos modales, de entregar los guantes en mano, pues arrojarlos suponía retar a alguien en duelo.

4. **Atar corto a alguien** Atamos corto a una persona cuando la tenemos siempre bajo control o cuando queremos de alguna forma cortar una libertad excesiva, como hacemos con el animal, especialmente con las caballerías, al que se le ata una cuerda corta entre las dos patas delanteras para que no se aleje o para que no pueda montar a la hembra.
5. **Atar la vaca por los cojones** Cometer un despropósito o un disparate. Eso de desviar toda la circulación por el centro de la ciudad ha sido atar la vaca por los cojones.
Lo bueno que tienen este tipo de expresiones, rotundas y sólidas, de nuestra lengua es que sobran mayores comentarios.
6. **Buen día, que canta Mahoma** Esta curiosa frase se emplea como augurio de buena jornada. Sol, buena temperatura, no hay que trabajar. También la empleamos, irónicamente, con el sentido contrario. El origen del dicho es más noche que día. Una posible explicación es que tenga que ver con la primera llamada a la oración que desde el alminar, la torre de la mezquita, hace el almuédano en los países de religión musulmana. Si fuera así, la frase podría haberse generalizado durante la época de la dominación árabe.
7. **Canguingos y patas de peces** Fórmula que se usa para no decir qué se va a comer. Cuando el niño, impaciente, pregunta: ¿qué vamos a comer, mamá? La madre contesta: canguingos de verano, patas de peces y lengua de preguntadores
Los canguingos no se sabe qué extraño animal o verdura pueda ser, sin embargo, no deben de ser muy jugosas...
La frase tiene todo el aspecto de haberse originado en alguna historieta popular a la que le hemos perdido la pista. Se utiliza mucho en Béjar (Salamanca)

Humor - Chistes españoles

1. –¿Se puede saber por qué le pega usted a mi hijo?
–Porque me ha llamado “gorda”.
–¿Y usted cree que pegándole va a adelgazar?
2. –Si usted sigue tirando la basura en mi jardín, no tendré más remedio que dar parte a la policía.
–Por mí, como si se la da toda.
3. –Oye, ¿por qué abres las cortinas de tu casa cuando tu esposa se pone a practicar sus lecciones de canto?
–Para que los vecinos no vayan a pensar que le estoy dando una paliza.
4. –¿Asistencia técnica? Les llamo porque no me funciona el módem.
–Dígame qué luces tiene encendidas.
–Pues solo la del salón y la del pasillo.
–Mire, mejor le enviamos un técnico.
5. –Me han dicho que te casaste. ¿Cómo es eso del matrimonio?
–Pues al principio muy bien, pero en cuanto sales de la iglesia...
6. Pasa una comitiva de un entierro por un pueblo y un turista pregunta:
–¿Y quién es el fallecido?
–El que va en la caja.

"Historia de un Caracol que descubrió la importancia de la lentitud"

Ocho



Poco a poco, muy poco a poco, el grupo de caracoles avanzaba entre las hierbas. Iban tristes, y sentían que la tristeza se instalaba como un modesto lastre que tornaba pesadas sus conchas. Ninguno se atrevía a susurrar su desazón y, así, cuando al volver la cabeza ya no podían ver el añorado acanto, uno de ellos advirtió que se dirigían hacia el linde del prado, es decir, en dirección a donde estaban los

humanos.

-Un momento, ¿qué clase de líder eres tú? Nos conduces al peligro -susurró provocando mayor inquietud en el grupo de caracoles.

Rebelde se detuvo y les recordó que los pájaros y las ardillas que habitaban la más vetusta de las hayas solían acomodarse en las ramas a mirar cómo bajaba el sol a su refugio, y que lo mismo hacían los conejos y las ranas del prado.



-Muchos seres agradecen en silencio la tibieza recibida, hasta las flores se cierran despacio para guardar el último calor, pero nosotros, seres de la sombra, nunca nos detenemos a mirar cuando el sol se aleja de la



oscuridad -indicó Rebelde.

-Así es, evitamos el sol porque de la humedad de nuestros cuerpos depende la vida. Pero sigo sin entender por qué nos llevas hacia donde están los humanos -alegó uno de los caracoles más viejos.

-Porque en mi viaje con Memoria observé bien a los humanos y vi que no extienden el negro manto que todo lo cubre al otro lado de sus conchas de madera y piedra que ellos llaman casas. Tal vez a los humanos también les agrada mirar cómo baja el sol hasta su nido de fuego.

-¡Tal vez! ¡Tal vez! Esto quiere decir que nos conduces a un lugar nunca visto al que tal vez lleguemos, sin tener ni la menor certeza -exclamó indignado otro de los caracoles viejos.

-Y yo digo que tal vez no debimos abandonar el acanto, que tal vez los humanos no lleguen hasta ahí, que tal vez debamos abandonar esta aventura sin sentido -indicó otro de los caracoles más viejos del grupo.

-¡Sí, regresemos al lugar que nunca debimos dejar! -dijeron al mismo tiempo varios caracoles, y el grupo se dividió. Casi todos los caracoles más viejos

emprendieron lenta, muy lentamente, el regreso hasta la planta de acanto, y los más jóvenes dirigieron los cuernecitos de sus ojos hacia Rebelde.

-Es verdad que no tengo la certeza de que encontraremos el nuevo País del Diente de León. Es verdad que no sé dónde está ni cuánto tardaremos en llegar. Es verdad que no sé si encontraremos grandes peligros y si llegaremos todos. Pero sé que ese nuevo País del Diente de León está más adelante y no atrás. Yo seguiré y vosotros podéis acompañarme o regresar.

Lenta, muy lentamente, Rebelde continuó avanzando, y al volver la cabeza vio que todos los caracoles lo seguían. No sintió orgullo ni felicidad alguna. En ese momento pensó que habría preferido que no lo siguieran, pues entonces sería responsable nada más que de su propia suerte. Los caracoles confiaban en él y eso le produjo mucho miedo, mas entonces recordó a Memoria diciendo que un verdadero rebelde sentía miedo pero lo superaba, y andando despacio, muy despacio, siguió avanzando sobre la hierba.

Nueve



Las primeras sombras borraban la presencia de las hierbas y las flores silvestres cuando los caracoles llegaron hasta la franja dura y oscura que los humanos llamaban camino.

-Qué miedo. Sobre el manto negro no crece nada -susurró uno de los caracoles.

-¿Qué vamos a hacer ahora? -preguntó otro.

-Esperar a que los humanos duerman. Memoria me enseñó que de la misma manera que

nosotros descansamos en las cavidades de nuestras conchas, los humanos lo hacen en sus casas. Ahí acomodan sus cuerpos y reposan-respondió Rebelde.

En las casas de los humanos había unos agujeros que brillaban como si todas las luciérnagas estuvieran dentro. Los caracoles tenían hambre, pero luego de probar algunas hojas de las hierbas que crecían al borde del camino desistieron. Porque el sabor era extraño y desagradable, similar al hedor que desprendía la negra superficie extendida frente a ellos.

Las estrellas brillaban con su llamada al silencio nocturno cuando los agujeros de las casas se fueron apagando. Rebelde sabía que tendrían que encontrar pronto el nuevo País del Diente de León, pues la oscuridad de las noches sería cada vez más larga, el aire más frío, y necesitaban alimentarse para soportar el letargo a salvo de la escarcha y la nieve.

-Ahora -susurró Rebelde, y por primera vez su cuerpo tocó la dura capa negra que cubría lo que hasta hacía poco tiempo fuera un prado fértil.

La superficie le pareció dura y áspera, y el hedor que desprendía molestaba a su olfato, pero el camino era uniforme, sin obstáculos que trepar o que sortear, y aunque se movían lenta, muy lentamente, esa uniformidad les permitía desplazarse con una mínima facilidad.

-Siento un calor muy agradable-susurró un caracol, y se detuvo.

-Es cierto. Yo también noto cómo se me está metiendo el calor en el cuerpo -indicó otro que también se detuvo.

-Qué agradable es. ¿Por qué no nos detenemos y seguimos cuando el sol alumbra? -preguntó un tercer caracol, y Rebelde recordó que Memoria le había contado que esa capa, por ser oscura, no reflejaba los rayos del sol y retenía el calor. Y eso era una trampa, le había



explicado Memoria. Algunos seres del prado, como los erizos, sucumbían a la tibieza de aquel suelo árido, se dejaban vencer por el sopor y entonces eran presas fáciles de los enormes animales con los que se movían los humanos.

-No. Debemos continuar, sin pausas, debemos esforzarnos y llegar al otro lado -alcanzó a decir Rebelde, y en ese momento un poderoso rugido los paralizó de espanto.

Por un extremo del camino se acercaba raudo un ser de enormes ojos brillantes que los bañó con una luz ennegecedora y pasó veloz como el viento de las tormentas. Al alejarse comprobaron que varios de ellos ya no estaban.

Temblando de pánico, como todos sus compañeros, Rebelde ordenó seguir sin detenerse, antes de que ese u otro animal terrorífico pasara de nuevo.

Fue una marcha penosa, durante la cual los caracoles no dejaron de exteriorizar su miedo o su arrepentimiento por haberlo seguido, y al alcanzar la otra orilla del camino buscaron refugio en una caverna cilíndrica y fría por la que discurría un delgado hilo de agua. Pegaron sus cuerpos a las paredes de la caverna y se durmieron rendidos de dolor y de fatiga.

Todos los caracoles dormían menos Rebelde, que permanecía a la entrada de la caverna atento, con los cuernecitos de los ojos dirigidos a la oscuridad de la noche.

El cansancio también se apoderó de él, y se disponía a meter el cuerpo en la cavidad de su concha, cuando el ruido de algo que agitaba el aire lo sobresaltó. Un pájaro se posó a la entrada de la caverna.

-Caracol, no temas -dijo el pájaro. Rebelde salió despacio, muy despacio, de la caverna, y reconoció al búho que habitaba en la más vetusta de las hayas del prado.

-Vuelas. ¿Ya no te pesa todo lo que has visto?

-Me pesa más que antes, pero debo volar -contestó el búho, y metiendo la cabeza bajo un ala para ocultar su pesar le dijo que ya ninguna de las tres hayas existía, que los humanos y sus máquinas eran más rápidos que todos los seres del prado.

-¿Y el acanto? -se atrevió a preguntar Rebelde.

-Tampoco existe. Queda muy poco del prado que conocimos -contestó el búho con mayor tristeza.

-Creo que nos quedaremos en esta caverna, aquí por lo menos estamos a salvo -susurró Rebelde.

-No es una caverna y no estáis a salvo -advirtió el búho, y enseguida le explicó que se hallaban dentro de algo que habían colocado los humanos, una especie de lombriz larga y gruesa, conectada a una boca metálica que, a una orden de los humanos, dejaba escapar un poderoso torrente de agua.

-He fracasado. Nunca llevaré a mis compañeros al nuevo País del Diente de León. Ojalá supiera tanto como tú, pero sólo soy un caracol lento, muy lento -se lamentó Rebelde.

-Mi naturaleza consiste en observar y en saber. Y no te quejes por ser lento, caracol. Gracias a la lentitud de una tortuga que cada ciertos pasos giraba la cabeza para ver si la seguían, supe de un joven caracol llamado Rebelde. Un valeroso caracol que, a pesar del peligro, se atrevió a advertir a sus compañeros y ahora trata de salvarlos. No te rindas, Rebelde. Voy a ayudarlos a salir de aquí.

La oscuridad nocturna empezaba a diluirse cuando, siguiendo las instrucciones del búho, los caracoles pegaron sus cuerpos a un trozo de madera. Entonces vieron cómo el ave nocturna extendía las alas, daba varios pasos rápidos, aleteaba, encogía las patas y se elevaba muy alto.

El búho planeó en círculos con sus grandes alas desplegadas hasta que encontró una corriente de aire descendente que lo precipitó hacia la madera, la aferró con las poderosas garras de sus patas y se volvió a elevar, batiendo las alas con fuerza, pues el trozo de madera era pesado.

Desde lo alto, los caracoles contemplaron cómo asomaba el sol, y atreviéndose a sacar apenas de las conchas los cuernecitos de los ojos, vieron que gran parte del prado había desaparecido bajo el manto negro que los expulsaba.

El búho voló durante un tiempo que les pareció muy largo, y el suelo, los árboles, las líneas de plata de los arroyos y las casas de los humanos se sucedían a una velocidad inaudita para los seres lentos de los prados, hasta que empezó a descender y depositó la carga muy cerca de unos grandes árboles.

-Este es un bosque de castaños y los humanos tardarán en destruirlo. Avanzad dejando atrás el musgo que crece en los troncos y llegaréis a un claro. Ahí crecen la hierba y las flores silvestres, pero id tan deprisa como podáis, pues los árboles ya empiezan a perder las hojas y muy pronto el frío y la nieve se apropiarán del paisaje. Yo no puedo llevarlos hasta el claro porque luego no podría levantar el vuelo.

Los caracoles le agradecieron al búho su ayuda, y miraron cómo se elevaba hasta desaparecer, oculto por las copas de los árboles.

-Adelante. Sigamos-susurró Rebelde, y fue el primero en avanzar hacia la primera mancha verde que se aferraba al tronco de un castaño.